

**Carlos Gurméndez:** ¿Quiere explicarnos qué es el cuerpo cósmico?

**García Bacca:** Con perdón, por la rudeza de la frase, todos creemos que nuestro cuerpo –el de cada uno– termina y está entero dentro de nuestro pellejo.

La materia sellada, circundada, por una cantidad finita y definida por la especie, es el «principio de individuación». Así se decía en mis tiempos de escolástico –de catequesis filosófica– y me temo continúe diciéndose y enseñándose y creyéndose devotamente tal cual.

Pues bien: todo ello es dichosamente falso. Por la manoseada ley de la gravitación de Newton –y a fortiori por la de Einstein– todos los cuerpos del universo atraen y son atraídos por cada uno, según ley matemática, en que todos –vivos al igual que no vivos, hombres y dioses enhumanados atraen a cada uno, y uno atrae –eficiente, forzosamente, y algunos forzadamente, como la tierra a la luna y el sol a la tierra– a todos según sea la distancia.

Si uno está realmente donde realmente obra, y está con realidad corporal donde corporalmente obra, la secuela es que el cuerpo de cada uno está siendo *cósmico*.

Que ni Newton ni Einstein hayan sacado tal secuela, nada tiene de extraño. A Newton se lo estorbó –subconscientemente– su teología; y a Einstein su despreocupación –subconscientemente y eficientemente– por la filosofía que lo rodeaba –de un positivismo ramplón.

Si el cuerpo de cada uno –cada uno de sus átomos– se

extiende real y eficazmente por todo el universo, extiéndase éste a cien mil millones de años-luz, siguese que todos y cada uno nos compenetramos –en sociedad real y eficiente: base real profunda, de toda otra clase de sociedad–, compenetración no milagrosa, sino matemático-física que, no obstante, ni nos funde en uno ni nos confunde en bloque.

Compenetración real y eficiente entre el inmenso número de ondas electromagnéticas que llenan el espacio, sin fusión ni confusión: basta con un filtro para seleccionar la onda, la estación, que nos convenga. El lector manipula en su televisor un botón o tecla que, sin romper la compenetración real y eficiente de una onda con las demás, selecciona la suya.

Pues bien: el yo de cada uno es el gran y originalísimo filtro –tan original que no ha habido ni hay ni puede haber, aun por potencia divina, otro doble, gemelo... de cada uno– que, sin romper la compenetración cósmica de todos, se distingue de todos, mantiene, en cada acto consciente, su individualidad.

Además: según la teoría –real y realizada– de la relatividad, aun de la restringida, cada cuerpo del universo puede ser y tomárselo como centro de un sistema de referencia universal. Todo el universo centrado –visual, conceptual, instrumentalmente– en «mi», en cada yo: ya la vista fisiológica nos presenta el universo centrado en «mí». Yo, de centro visible. Universo con tantos centros cuantos «yoes», ahora 5.000.000.000. Universo *esferoide* –no esférico– matemáticamente definidísimo. No es cuestión de vanidad, de egoísmo, sino de realidad.

Al evadirnos, por la muerte macroscópica del *cuerpo*, de las limitaciones, simplemente, de hecho –dos ojos, umbrales Fechner-Weber–, la teoría del universo esferoidal se nos hará a cada uno visible a los superojos de una vida viviente ya en la base misma del universo actual.

Además: por la teoría cuántica es imposible individuar a la vez todas las coordenadas –*categorías* físicas. Individuar una desindividua, *universaliza*, otra: a su conjugada. Tal lo declara y permite *calcularlo* el principio de indeterminación de Heisenberg. Nada de indeterminación vaga. La fórmula matemática indica –calculable, experimentable y experimentadamente– la magnitud espacial o energética conjugada, conexas, con la individuada: impulso, tiempo.

Nuevo componente cósmico –real– del cuerpo –viviente, racionalizado– de cada uno.

La obra mía citada desarrolla condensada y técnicamente estos puntos.

Lo de «cuerpo cósmico» no es palabrería de «science fiction», de «ciencia ficción», de «ficción científica», dicho en correcto castellano; y no lo es de «ficción filosófica o teológica post mortem», sino dato actual.

Que los físicos «cuánticos» –Born, Behr, Jordan, Schrödinger– no hayan sacado tal secuencia filosófica, de consecuencias peligrosas para ciertas posturinerías, proviene de no atreverse a filosofar explícitamente sobre lo que lo están haciendo implícita y eficientemente, y de que los tenidos por filósofos no han ponderado y valorado, con filosofía a la altura matemática y física, los datos y teorías cuánticas, alentando así a físicos cuánticos, y proporcionándoles palabras y conceptos filosóficos con los que expresarse.

¿Que hay excepciones, iniciales, atrevidas? ¿Schrödinger, Jordan? Tanto más, para que filósofos, si no pueden ayudar a físicos, al menos no estorben con «imposibilidades» ficticias de medievales retrasados «históricos».

¿Quiénes de los lectores se atreverán a vivir «de pensamiento, palabra y obra» su cuerpo actual como «cósmico»?

Aquí se ha pretendido darles un atisbo, provocación, ¿tentación?

**CG:** Este concepto de cuerpo cósmico y de cosmos, ¿puede darnos la clave de la inmortalidad?

**GB:** Sí, añadiendo a lo anterior lo siguiente.

Poco sacaríamos de demostrar que «el alma es inmortal» si que lo sea no se notara conscientemente cuando más falta hace, que es durante esta vida mortal.

Los problemas, tragedias, dramas de hambre, sed, sexo han de ser resueltos, se ha de intentar resolverlos y satisfacerlos, ya en este mundo. En el otro –dícese y créenlo algunos– no habrá y no podrá haber hambre, sed, sexo; y hasta tales nociones y sensaciones carecerán de sentido.

Pues bien: sentirse inmortal ha de sentirlo justamente el que está siendo mortal.

Si el alma –espíritu, vida...– es ya esencialmente inmortal, no percibir tal inmortalidad propia de esencia equivale a decir que la *esencia* no vale para nada. Que tal *esencia* no existe, que no se da a existir, a sentir al mismo de quien se dice, y cree y confiesa, que es «su esencia».

Tal no sentida inmortalidad esencial –y peor si se sostiene

ne que no puede ser sentida— no pasa de palabrería, de credulidad y de ofensa cruel al mortal.

El cuerpo cósmico es, realmente, el inmortal. El cosmos está regido por leyes matemático-físicas de «conservación e invariancia». Conservación —«desde siempre y para siempre» (tiempo = constante)— de masa, de impulso, de energía; de materia-energía, de tensores. Y son tales leyes reales las que nos dan a sentir —a ser conscientemente— nuestra inmortalidad bajo forma de «invariancia». Y no bajo el vago concepto de «inmortal» con las pruebas puramente abstractas clásicas desde Platón. No pudo Platón —ni lo pudo Aristóteles— dar, pensar, otras.

La inmortalidad del alma se redujo a deseo, anhelo. Fue *sentida, sida*, como concepto, cual deseo, mas no como realidad. Y de ello no se pasó en la época medieval, y no va más allá en medievales anacrónicos.

Desde el descubierto —explícito, calculable, experimentable— de leyes de «invarianza» y del modo como intervienen en cálculos y experimentos, no percibir en «invariancia» el contenido *concreto* de «inmortalidad», es otro caso más de comodonería filosófica y teológica, y de intereses creados.

Consuélese con *fe* en «inmortalidad». El refrán nos advierte: «Quien no se consuela es porque no quiere».

El *cosmos* está ordenado según leyes de invariancia que garantizan constantemente el sentido real y el sentimiento real de cómo somos, estamos siendo, inmortales.

Sin las pretensiones vagas de la palabra y concepto pre-renacentistas de inmortalidad.

Las apariencias —lo que nos ofrecen los sentidos externos y los internos— no están matematizadas, están *escritas* en colores, sonidos, presiones, calor...

A ellas *muere* la vida sensible.

Mas la *vida* continúa viviendo en la base racionalísima, intrínseca, de sí y del universo.

La vida muere realmente al *cuerpo* macroscópico y a lo que ella vive a bulto. Mas *continúa* viviendo al *soma*: a su cuerpo profundo con el que ya en vida *corporal* se vivió.

Lo básico de sí y del universo es y será ya su *propósito* cuerpo, su *soma*.

Con vida *real de verdad* en *cuerpo* real de verdad.

Morirse al cuerpo *macroscópico* —sensible y sentido— es condición, por ahora necesaria, mas no suficiente, para vivirse en su cuerpo microscópico —el *propósito* cuerpo de una vida inmortal.

De otra especie y género de la sensible.

Tratar aquí de la originalidad de tal vida fuera tarea de una «ficción filosófica y teológica» que desbordaba los límites de esta entrevista.

Quede a cargo del lector: «Soñemos, alma, soñemos.»

**CG:** La muerte ¿es un hecho bruto, como decía Sartre, o la vivimos durante la vida, como afirmaba Rilke?

**GB:** Antes de responder a la pregunta me hace falta exponer un preliminar.

Es ya una vulgaridad hablar de electrónica, y creer que se entiende de ello. Mas suele pasarse de largo algo —y lo más— fundamental. *Primero*: que los electrones son elementos fundamentales del átomo, que es, a su vez, componente fundamental del universo —«cielos y tierra» y que en ellos, sueltos o en corriente o en rayos, están «enchufados» nuestros más sutiles instrumentos —el televisor, microscopios electrónicos y hasta aparatos o enseres de cocina, sin contar toda corriente eléctrica y sus necesarias secuelas de luz, fuerza, etc. Vivimos «enchufados» en la base masivo-energética del universo. No en sus manifestaciones macroscópicas, parecientes a los sentidos y al alma —mente, espíritu— asomado, amorrado a ellas; es el alma —espíritu, mente— de *nuestro siglo* la que ha inventado —transcendiendo, transfinitando— sus sentidos y potencias, tales instrumentos. Es ella la que se siente y obra «enchufada» —o con término más decoroso: «intrínseca», vivientemente en la base masivo-energética de sí misma y del universo.

Desde siempre —digamos, mejor, desde tal vez un millón de años— lo ha estado, más no lo ha sabido desde siempre. Como no desde siempre ha habido —por invento supranatural, supraesencial— teléfono, televisor, telescopio, telstar, radiotelescopio, luz eléctrica, aviones, autos; sondas cósmicas, reactores nucleares... Que lo *sepamos* —saber, hacer, usar— *ahora* depone del hecho que nuestra alma —mente, espíritu— está intrínseca interiorizada, enchufada, cada vez más en lo básico de sí y del universo.

Frente y resaltando respecto de lo básico está lo superficial, lo fenoménico, lo que a la mente han ofrecido los sentidos, cual material para conceptos, teorías, creencias, literatura, durante milenios, y aun ahora lo ofrecen a ignorantes afectados o comodones mentales.

Pues bien: *sea lo segundo*.

La base del universo —nucleones, electrones... fotones, gravitones... campos gravitatorio-electromagnéticos— está im-

pregnada, calada, de las matemáticas más sutiles y conexas: cálculo infinitesimal, ecuaciones diferenciales ordinarias, parciales, totales... cálculo de probabilidades... Fuera todo esto maravilla –bienvenida– para Platón, quien fue el primero –y casi único hasta Galileo– en afirmar y demostrar con los medios de su tiempo que lo matemático –poliedros regulares, números racionales y algunos irracionales, ciertas series aritméticas y geométricas (*Timeo*, *Teeteto*, *Menón*...)– son componentes intrínsecos de la realidad básica del universo.

Toda la época medieval lo ignoró.

La famosa frase de Galileo: «El mundo está escrito en caracteres matemáticos» debe entenderse y la entendió él en sus experiencias así: lo matemático está *intrínseco* y *eficientemente intrínseco* en todo lo del universo.

Nadie subiría a un avión si le dijeran que las leyes de aeronáutica, las electrodinámicas, las mecánicas de Newton y las termodinámicas están tan sólo *escritas*, cual así están las letras de la compañía de aviación y las de la empresa constructora. Y menos aún subiría al avión piloto alguno. Igual vale de la inmensa mayoría de nuestros actuales aparatos. Lo matemático está «intrínseco, actuante» en ellos.

Lo *Real* básico está máximamente, intrínsecamente, eficientemente matematizado.

**CG:** Morimos muchas muertes sucesivas durante la vida, como usted sostiene en su libro *Vida, muerte a inmortalidad*. ¿O sólo una, la nuestra y definitiva? ¿Morirse significa, por el contrario, vivirse, siendo siempre el mismo?

**GB:** La respuesta a esta pregunta exigiría explicar la diferencia entre identidad, mismidad y sus potenciaciones.

Acepte el lector una breve aclaración. La identidad posee según la lógica la propiedad de idempotencia, o sea: sus potenciaciones se reducen a la primera. Cual  $1 = 1$ ;  $1 \cdot 1 = 1$ ;  $1^n = 1$ , por grande que sea  $n$ . Idénticamente *idéntico* es igual a idéntico. Repetición, sin evolución.

Mismidad es potenciación original de identidad, alcanzada a través de variaciones, edades, peligros. Así el hombre es el mismo de viejo que de niño, joven, adulto, si ha sobrevivido a diferencias, peligros, avatares, aciertos y errores, virtudes y vicios, creencias y Judas... Si murió de niño es idéntico –tal niño– más no «mismo».

El sobrevivir a la muerte del *cuerpo* le dará la ocasión de elevar su identidad a «*misímisimo*». Se será y sentirá *misímisimo*.

¿Cuál será tal sensación de si en *soma*?

Tal calidad será sorpresa, novedad, de orden y potencia superior a las de sentirse joven, adulto... viejo, en *cuerpo*.

Mas sorpresa, novedad, no tienen ni pueden tener *vigilia*, previos necesarios y suficientes.

¿«Misímisimo» para siempre? ¿«Pasmado» en mismidad? Para saber de buen saber qué es ser –estar siendo joven– es preciso estarlo siendo. Ridículo e ineficaz fuera tratar de hacérselo entender y sentir a quien está siendo niño.

La cuestión: ¿Cómo nos seremos y sentiremos «sin cuerpo»? es ridícula e irrespondible mientras estemos siendo en *cuerpo*. El *soma* nos permite aguardar y *esperar*.

«Si no esperáis –dijo Heráclito– os hallaréis con lo inesperado», con lo nuevo, con lo original.

Morirse al *cuerpo* es la ocasión de la gran aventura.

Es la ocasión de evadirse de repticiones, de condenaciones a lo mismo y de la misma manera.